

1962

MERCURIO 17-XI-1962

semana

FESTIVAL BEETHOVEN

La obertura Coriolano, el Concierto opus 15 y la "Heroica": ¿ha habido en el mundo otro compositor, tres de cuyas obras podrían proporcionar una sucesión tan bella, valiosa y perfecta como este programa que ofreció en el Teatro Municipal, la Orquesta Filarmónica de Chile, dirigida por Juan Pablo Izquierdo y con Ana Berr, de solista?

Fue un concierto excepcional. El patricio romano surgió con impetuosa grandeza en la admirable versión del joven director, quien supo captar su carácter torvo e indómito, contrastándolo con la suplicante congoja de la madre. Todo esto en términos puramente sinfónicos, de manera reconcentrada, sin falsa teatralidad. Hubo allí un enfoque que podríamos llamar monolítico, muy de acuerdo, a juicio nuestro, con la visión de Beethoven y con el vigor de la antigua trama.

Un concepto unitario de singular poder de convicción se hizo sentir, igualmente, en la Sinfonía, donde Izquierdo nos confirmó que es un músico de enjundia, serio y preparado, que no se enfrenta con la orquesta por el afán de exhibirse sino porque tiene algo que expresar y comunicar. Se introduce en la obra hasta el fondo, y vuelve a la superficie con aportes preciosos e inesperados. El brío del Allegro inicial quitaba el aliento al público y a más de algún miembro de la orquesta, mientras que el director llevaba el tiempo con suprema sencillez, tal como solía hacerlo Ricardo Strauss, otro señalado intérprete de esta sinfonía. La Marcha Fúnebre culminó en una procesión imponente con rasgos de Juicio Final, donde las suntuosidades sonoras traducían una tremenda fuerza expresiva conglobada. Con mano certera se trazaron la estructura y los contornos de los movimientos restantes, infundiéndonos la sensación de presenciar una de las versiones más notables y más acertadas de la magna obra que puedan escucharse.

La monumentalidad de ambas creaciones se vio humanizada por múltiples detalles felices que no por menudos eran menos significativos. La Filarmónica respondió con verdadero ahinco a las indicaciones del director, incurriendo en un mínimo de errores, más que compensados por el subido nivel general de eficiencia demostrado.

Refrescante interludio entre esta sinfonía y la obertura similarmente heroica fue el chispeante Concierto para

piano N.º 1, en Do mayor. También aquí, Izquierdo y la orquesta entregaron un trabajo lucido y pulimentado, el que pudo apreciarse desde la liviana transparencia de los primeros compases hasta la regocijada nitidez del final. Con pocas y leves excepciones, todos estuvieron a la altura de su cometido, produciéndose una colaboración ejemplar entre el grupo sinfónico y la solista.

Ana Berr tuvo amplio campo para desplegar las diversas facetas de su talento. A pesar de su juventud hay una considerable madurez espiritual en su interpretación de esta partitura, que ya le escuchamos hace algunos años en una actuación al aire libre. Su técnica solidísima y exquisitez emotiva se hermanaron en halagüenos resultados artísticos que contribuyeron a situar este segundo concierto de la serie especial de la Orquesta Filarmónica entre los acontecimientos memorables de la presente temporada musical.

Federico Heintze

TRIMONIO U

Heintze

MERCURIO 29 de Julio 1962

962

MUSICA.—

Conc

MUSICA MODERNA DE CAMARA

Prosiguen los conciertos organizados por el Departamento de Música de la Universidad Católica, en cuyo Salón de Honor se congrega todos los días lunes un numeroso público para escuchar programas escogidos. El más reciente de la serie reunía obras de cámara por autores de nuestro siglo.

El Cuarteto para cuerdas N.º 2 de Arnold Schoenberg, a cuya segunda mitad se agrega una voz de soprano, data de los años 1907-1908. Como la pintura cubista de aquella época, tiene mucho de experimental, conquistando terreno virgen para el arte de Occidente. Especialmente el cuarto tiempo, sobre la poesía de Stefan George "Siento aire de otros planetas", ya consigue escapar, por momentos, a la órbita tonal. Fue aquí donde los intérpretes (el Cuarteto Santiago y la cantante Clara Oyuela) obtuvieron sus logros más incontestables. También los endemoniados ritmos de baile del movimiento "Muy rápido", puramente instrumental, fueron captados con entendimiento y precisión. El volumen sonoro de las cuerdas en el lenguaje expresionista de la "Letania" aunque no tapara la voz misma de la soprano, se tragó casi todas sus consonantes. Por lo demás, la parte vocal, llena de ingentes problemas de todo orden, halló en ella una esmerada traductora.

En primera y segunda audición (antes y después del intermedio) se ofrecieron los "Soliloquios", de León Schidlowsky, para ocho solistas. Fueron éstos: Hans Loewe (cello), Juan Correa (clarinete), Luis López (guitarra), Arlette Bezdecki (arpa), Galvarino Mendoza (celesta y piano), Ramón Hurtado, Jorge Canelo y Uldaricio Oñate (percusión). La dirección de Juan Pablo Izquierdo extrajo de la partitura, breve y jugosa, sonoridades de admirable nitidez. Monólogo multilingüe de un espíritu inquieto que no parece aburrirse consigo mismo, es entretenido y excitante. Aunque el segundo contacto no nos revelara nuevas dimensiones en esta obra de fácil acceso, se la volvió a escuchar con mucho gusto.

Habría podido repetirse, igualmente, el estreno en Chile de los "Tres Poemas de Mallarmé", de Maurice Ravel. Obra poco divulgada, escrita en vísperas de la primera guerra mundial, es un prodigio de finura y originalidad que halla felices equivalencias musicales al arcano simbolismo del poeta. Clara Oyuela estuvo aquí en su pleno elemento, y la secundaron con exquisitez el Cuarteto Santiago, Rodolfo Lehmann (piano), Juan Correa y Sebastián Acuña (clarinetes), Guillermo Bravo y Alberto Harms (flautas), creando aquella atmósfera tenue y distante que corresponde a los delirios de los poetas.

MUSICA.—

Conc

MUSICA MODERNA DE
CAMARA

Prosiguen los conciertos organizados por el Departamento de Música de la Universidad Católica, en cuyo Salón de Honor se congrega todos los días lunes un numeroso público para escuchar programas escogidos. El más reciente de la serie reunía obras de cámara por autores de nuestro siglo.

El Cuarteto para cuerdas N.º 2 de Arnold Schoenberg, a cuya segunda mitad se agrega una voz de soprano, data de los años 1907-1908. Como la pintura cubista de aquella época, tiene mucho de experimental, conquistando terreno virgen para el arte de Occidente. Especialmente el cuarto tiempo, sobre la poesía de Stefan George "Siento aire de otros planetas", ya consigue escapar, por momentos, a la órbita tonal. Fue aquí donde los intérpretes (el Cuarteto Santiago y la cantante Clara Oyuela) obtuvieron sus logros más incontestables. También los endemoniados ritmos de baile del movimiento "Muy rápido", puramente instrumental, fueron captados con entendimiento y precisión. El volumen sonoro de las cuerdas en el lenguaje expresionista de "Letanía", aunque no tapara la voz misma de la soprano, se tragó casi todas sus consonantes. Por lo demás, la parte vocal, llena de ingentes problemas de todo orden, halló en ella una esmerada traductora.

En primera y segunda audición (antes y después del intermedio) se ofrecieron los "Soliloquios", de León Scudlowsky, para ocho solistas. Fueron éstos: Hans Loewe (cello), Juan Correa (clarinete), Luis López (guitarra), Arlette Bezdecki (arpa), Galvarino Mendoza (celesta y piano), Ramón Hurtado, Jorge Canelo y Uldaricio Oñate (percusión). La dirección de Juan Pablo Izquierdo extrajo de la partitura, breve y jugosa, sonoridades de admirable nitidez. Monólogo multilingüe de un espíritu inquieto que no parece aburrirse consigo mismo, es entretenido y excitante. Aunque el segundo contacto no nos revelara nuevas dimensiones en esta obra de fácil acceso, se la volvió a escuchar con mucho gusto.

Habría podido repetirse, igualmente, el estreno en Chile de los "Tres Poemas de Mallarmé", de Mauricio Ravel. Obra poco divulgada, escrita en vísperas de la primera guerra mundial, es un prodigio de finura y originalidad que halla felices equivalencias musicales al arcano simbolismo del poeta. Clara Oyuela estuvo aquí en su pleno elemento, y la secundaron con exquisitez el Cuarteto Santiago, Rodolfo Lehmann (piano), Juan Correa y Sebastián Acuña (clarinetes), Guillermo Bravo y Alberto Harms (flautas), creando aquella atmósfera tenue y diáfana que corresponde a los delicados trozos.

MERCURIO

29 julio - 1962

UC

MERCURIO

Concierto

1-VII-1962

TRIMONIO UC

MUSIC

Mucho público atrajo el programa de obras de cámara modernas, presentado por el Departamento de Música de la Universidad Católica. Lo dirigió Juan Pablo Izquierdo, y fueron sus intérpretes Alberto Harms (flauta), Osvaldo Molina (oboe), Juan Correa y Sebastián Acuña (clarinetes), Emilio Donatucci y Armando Aguilar (fagotes), Gilberto Silva (trompa), Osvaldo Furguiele y Jorge O'Kington (trompetas), Oscar Lucero y Alfredo Singlair (trombones), Ramón Bignon (contrabajo) y Carla Hübner (piano).

En primera audición se ofreció el Quinteto de vientos, Op. 33, de Domingo Santa Cruz, escrito hace dos años. Obra de un compositor que conoce los instrumentos y sabe sacarles partido, es filosófica, de difícil acceso. Empieza muy bien y tiene un movimiento lento, sentido y profundo, mientras que el resto sonó un tanto disperso. Sería interesante, volver a escuchar la esotérica creación que, probablemente, esta vez no reveló su pleno significado.

Las "Piezas para clarinete y piano", Op. 5, de Alban Berg, datan de 1913. Timbres refinados y enorme soltura formal caracterizan esta música, nacida de un romanticismo tardío a la búsqueda de nuevas rutas. El abandono de la tonalidad ya es casi completo en los cuatro trozos, reflejos de estados de ánimo que no aspiran a ninguna firmeza constructiva exterior. La versión escuchada supo captar el clima fluctuante de estas impresiones fugaces y sugestivas.

Dos notables octetos del año 1923 ocupaban los extremos del programa. El de Stravinsky, para flauta, clarinete, 2 fagotes, 2 trompetas y 2 trombones, suele contrastar los coros de maderas y metales, usando el pandiatónico lenguaje neoclasicista que este compositor comienza a explorar desde fines de la primera guerra mundial.

El "Octandre", de Edgar Varese, emplea cuatro maderas, tres bronce y contrabajo en la persecución de sonoridades novedosas cuya osadía apenas tiene paralelo en su época y sigue siendo cautivadora y alucinante después de cuatro décadas. Suscribimos lo que dijo Lawrence Gilman sobre la producción de Varese: "En esta música hay presagio y misterio, un desgarrar de cadenas, un batir de alas. Hace bien, escucharla y ser desasosegado por ella".

Si la interpretación de Stravinsky fue buena, aquella de la obra de Varese puede calificarse de sobresaliente, llena de vigor y nitidez. Juan Pablo Izquierdo y el grupo de músicos bajo su dirección extrajeron de la compleja partitura un caudal sonoro ante cuya sacudida nadie permaneció indiferente.

Los conciertos de la semana

UNIVERSIDAD CATOLICA

El lunes pasado, el mundo musical chileno se dio cita en el Salón de Honor de la Universidad Católica para participar de un concierto que podría clasificarse como el más atrayente de la presente temporada. La jerarquía de interpretación alcanzada en esta ocasión, fue sobresaliente, y de ello pueden enorgullecerse el Departamento de Música, y muy especialmente su director, Juan Pablo Izquierdo. En un comentario anterior, aludimos a la necesidad de presentar las obras complejas dos veces durante el mismo concierto, con el fin de facilitar la comprensión que ellas requieren; nos alegramos que nuestra sugerencia haya tenido eco y de que se eligiese para este efecto una obra chilena. Debemos hacer notar también, lo bien confeccionado que estuvo el programa. Las tres obras que se ejecutaron, tenían mucho en común, lo que dio gran unidad de estilo al concierto.

El programa se inició con el "Cuarteto N.º 2", Op. 10 de Arnold Schoenberg. Esta obra refleja las inquietudes de especulación intelectual que el autor manifiesta en forma precisa a partir del segundo lustro de este siglo, especulación que se hacía necesaria debido a la decadencia del sistema tonal, llevado a su desarrollo extremo en las postrimerías de la era romántica. Este fenómeno obligó a un cambio de actitud en el enfoque técnico-anímico del arte musical, es decir a una revisión completa de los conceptos imperantes hasta la fecha. Schoenberg, en su "Segundo Cuarteto", se refleja como el hombre en crisis, como el artista que participa de lo pasado, pero que debe innovar el lenguaje de que hasta entonces se ha servido para poder expresar el mensaje que se siente llamado a entregar. Su originalidad lo lleva a incluir una voz de soprano, que agrega al conjunto de cuerdas en los movimientos tercero y cuarto de esta obra, que subraya los textos del poeta alemán Stefan George. La estructura formal se aparta, especialmente en dichos movimientos, de lo tradicional y se desarrolla a manera de variaciones, forma que más tarde habría de constituir la espina dorsal del sistema serial dodecafonico.

Como segundo número del programa, se ejecutó la obra chilena "Soliloquios para ocho solistas", de León Schidlowky. Este compositor ha logrado alcanzar un bien cimentado prestigio a través de sus últimas creaciones, que lo sitúan en un lugar de preponderante importancia en nuestro medio musical. La composición aludida se divide en cuatro trozos de corta duración muy concentrados y, además, impregnados de un hondo contenido dramático. Todos ellos, están gestados a partir de una serie interválica original, que va modificándose de acuerdo a los cánones de la técnica dodecafonica. Las elaboraciones en el terreno rítmico y dinámico siguen también una ordenación bien pensada, que no permiten influencias del azar. El concepto arquitectónico de "Los Soliloquios" está basado en el "canon", forma que el compositor desarrolla tanto en su fisonomía melódica como rítmica.

La segunda ejecución de esta misma obra nos permitió afinar el oído y meditar sobre la posición estética del autor, por ser esta muy diferente de las corrientes que, hasta el momento, ha vertido el caudal creativo de la composición chilena. León Schidlowky siente afinidad por una concepción de corte expresionista, muy similar a la adoptada por los pintores abstractos. Sin embargo, es en su contenido dramático que el autor revela su verdadero estado anímico. Se juzga como el hombre solitario enfrentado al mundo, con un concepto casi apocalíptico sobre el porvenir de la humanidad. Debemos esperar sus próximas obras para conocer la trayectoria que ha de seguir este joven artista; mientras tanto, nos resta la seguridad de que los aportes que haga en el futuro, tendrán gran importancia no sólo en nuestro país, sino en el continente.

El director Juan Pablo Izquierdo y los

ejecutantes, participaron con gran oficio y acierto en la ejecución de "Los Soliloquios", por lo que nos permitimos felicitarlos muy cordialmente por intermedio de estas líneas.

Como número final del concierto, estaban programados los "Trois Poemes de Mallarmé", de Maurice Ravel, obra que requiere la participación de una soprano, dos flautas, dos clarinetes, piano y cuarteto de cuerdas. Esta composición le fue inspirada a su autor por el "Pierrot Lunaire", de Schoenberg. Sin embargo, el modelo no logra influenciar las normas propias al lenguaje raveliano, salvo en el mayor empleo de una escritura contrapuntística, y que el autor adapta a su propia modalidad. La música se caracteriza por lo concentrado de las ideas y la independencia de las líneas melódicas. La voz humana está tratada no como solista, sino como un instrumento más integrado al conjunto. Esto nos parece muy importante de señalar, ya que Ravel en sus canciones por lo general se acerca a un estilo declamatorio, que nada dice en común, con la forma que adopta en esta ocasión.

La soprano Clara Oyuela dio muestras, una vez más, de una gran musicalidad con su participación en las obras de Schoenberg y de Ravel; lo mismo podemos decir del "Cuarteto Santiago", que ya se sitúa como uno de los mejores del hemisferio. El resto de los instrumentistas actuó con pleno celo profesional, causa que dio origen al nivel relevante de interpretación que se obtuvo en esta oportunidad.

CONCIERTO DE LA ORQUESTA SINFONICA DE CHILE

El séptimo concierto de la Orquesta Sinfónica de Chile se llevó a efecto después de un prolongado silencio, que tuvo como resultado desvirtuar todos los logros alcanzados por nuestra primera agrupación sinfónica. El director Enrique Jordá demostró poseer un meritorio bagaje técnico-musical, que no logró perfilar todas sus posibilidades, debido a las deficiencias del conjunto, que se mostro falta de práctica, especialmente en la interpretación de la Sinfonía N.º 6, llamada "Patética", de Tchaikovsky. Este resultado es lamentable, por señalar una falla que en forma palpable recae sobre la institución rectora de nuestra vida musical. La desafinación permanente, la falta de justeza en los ataques (claramente indicados por el director); la mala calidad de emisión sonora por parte de los instrumentistas, especialmente los bronce; la falta de concordancia en el fraseo de los arcos, señalan, a todas luces, hasta qué punto ha desmerecido el conjunto, como resultado inmediato de este anómalo descanso. Esperamos sinceramente que esta etapa sea superada, a la brevedad posible, ya que de otro modo, resultaría difícil contar con la benevolencia de un auditorio que paga una fuerte suma por abonarse a la temporada sinfónica.

La novedad del programa lo constituyó el "Concierto para Piano y Orquesta", de Gustavo Becerra. Esta obra desmerece, a nuestro juicio, si la comparamos con otras partituras de este autor chileno, que posee, a no dudarlo, un gran talento creativo. En este Concierto, Becerra pierde la unidad de estilo, tan bien lograda en su 1.ª Sinfonía, y abusa de manera evidente del elemento sincopado que se genera en el primer movimiento, y que luego se repite con insistencia en el último. Los cambios agógicos se recientan, con la forma casi cíclica empleada por el compositor. Sin embargo, la orquestación da muestras de una imaginación bien dotada, que conoce en profundidad las posibilidades técnicas de los instrumentos.

Enrique Jordá abordó la obra con gran interés y dedicación, actitud que se hace meritoria en un director extranjero. La actuación de Mario Miranda fue sobresaliente, y nos alegramos de ello, ya que las obras nacionales merecen un trato preferencial en su ejecución.

CARLOS RIESCO

"EL ILUSTRADO"

29 de Julio 1962

12 SEPTIEMBRE 1962

ERCI LLA



OPERA PARA GRANDES Y PEQUEÑOS
 Cantantes, orquesta, títeres y Don Quijote, en obra de Manuel de Falla.

parto. Faltó una mayor transición en el paso de Topaze, el derrotado por su propia honradez a Topaze el inescrupuloso y triunfador hombre de negocios, pero el contraste entre ambos fue bien logrado por el actor.

Lo que faltó fue un director con visión de conjunto que supiera integrar las partes en un todo orgánico.

• EN RESUMEN: Un "Topaze" bien interpretado, pero mal dirigido. ACEPTABLE.

Opera con Títeres

EL DIRECTOR se instaló en el pasillo a la altura de la tercera fila de la platea y más de veinte músicos tomaron ubicación en el exiguo espacio que separa a la primera fila del escenario del Camilo Henríquez. Las condiciones físicas en que debutó la "Opera de Cámara" del Departamento de Música de la Universidad Católica no fueron holgadas, pero sus resultados artísticos fueron serios y con valiosas proyecciones futuras.

Las tradicionales temporadas de ópera del Municipal suelen efectuarse bajo el signo de la improvisación. Se importan algunos divos del extranjero, y, con una cantidad insuficiente de ensayos, se presentan las óperas de siempre sin que haya mayor posibilidad de preocuparse por la puesta en escena. Hasta se ha dado el caso de que un desesperado director de escena corriera detrás del escenario para decirles a los extras cuándo y en qué dirección debían girar.

Nada de esto ocurrió con las dos óperas montadas por la U. C. bajo la dirección general de Juan Pablo Izquierdo. Fueron cuidadosamente preparadas durante varios meses, con Clara Oyuela, Hernán Würth y Federico Hellein, a cargo del aspecto musical. El aspecto escénico fue encargado a los directores Eugenio Guzmán y Eugenio Dittborn, mientras Bernardo Trumper y Fernando Colina estuvieron a cargo de escenografía, vestuario y luces.

Esa preocupación por el espectáculo, en el doble plano de lo musical y lo teatral, rindió buenos frutos. La "Historia de un Marinero", de Darius Milhaud, con texto de Jean Costeau, fue más opaca como obra. Trata de un marinero (Eduardo Lira) que regresa al hogar después de una ausencia. No se da a

conocer para probar a su mujer, y ella (Orita Morales) lo asesina para robarle unas perlas.

"El Retablo de Maese Pedro" pertenece a Manuel de Falla y está basado en un episodio del Quijote, que aparece en escena, acompañado por su fiel Sancho. Junto a otras personas presencian un espectáculo de títeres. Todo marcha muy bien hasta que Don Quijote, tan compenetrado en la historia de los muñecos, que la toma por real, se decide a intervenir, y, con su espada, rompe el endeble tabladillo.

Esta breve ópera constituye un espectáculo delicioso para grandes y niños, en que se aúnan, en forma certera, los elementos vocales, orquestales, teatrales y de los títeres, que en esta oportunidad fueron del conjunto "Bululú" y vistieron primorosos trajes diseñados por Fernando Colina.

Este espectáculo es un comienzo y al mismo tiempo una continuación de otros montados en años anteriores por Clara Oyuela con los alumnos del Conservatorio. Marca un camino de cómo, con poco y con medios modestos, se pueden hacer espectáculos operáticos a la vez serios, amenos y alejados de la improvisación que suele predominar en la lírica del Municipal.

ERCI LLA 12 Sept 1962

1962

PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATOLICA DE CHILE

Departamento de Música

OPERAS DE CAMARA

Historia de un Marinero,

DE D. MILHAUD

Dirección: EUGENIO GUZMAN

Reperto: La Mujer: Orita Morales, Silvia Wilkens.

El Suegro: Mariano de la Maza.

El Amigo: Hilarino Daroch.

El Marinero: Eduardo Lira.

El Retablo de Maese Pedro,

DE M. DE FALLA

Dirección: EUGENIO DITTBORN.

Reperto: Trujamán: Silvia Soubllette, Fanny Fischer.

Maese Pedro: Ignacio Bastarrica.

Don Quijote: Mariano de la Maza, Hernán Aravena.

CONJUNTO INSTRUMENTAL. DIRECCION: JUAN PABLO IZQUIERDO.

8, 9, 10 y 11 de septiembre, a las 19.15 horas

Sala **PATRIMONIO UC**
Camilo Henríquez

Opera de Cámara I

Ahora el turno es del Departamento de Música de la Universidad Católica. En el Teatro "Camilo Henríquez" se ha dado otro paso para demostrar que es posible lograr calidad en el campo de la ópera, combinando elementos teatrales y musicales nacionales. Esto nos traería doble ganancia: dar trabajo a los elementos producidos en las escuelas artísticas de las Universidades, que hoy sólo piensan en la emigración, y ahorrar el pago en dólares de cantantes extranjeros, forzadamente de segunda clase.

De aquí que la presentación de las óperas de Cámara "Historia de un marinero", música de Darius Milhaud sobre libreto de Jean Cocteau, y "El retablo de Maese Pedro", de Manuel de Falla, sobre un pasaje del Quijote, de Cervantes, haya sido motivo de comentarios de todo orden durante y después de su presentación. La

primera parte del espectáculo fue dedicada a la obra francesa, en la que intervinieron Orita Morales (hablamos de la función de estreno), Mariano de la Maza, Hilarino Daroch y Eduardo Lira. Voces frescas, de un color apropiado, dieron una versión muy pulcra de una partitura que hoy, después de varios lustros de "modernismo" nos parece agradable, pero nada más, con la entonces "audaz" inclusión de temas de música de café, ciertos buscados choques armónicos y un donaire desenfadado para unir tragedia y música de vals. Los personajes, ambientados con todo acierto en escenografía y luces de Bernardo Trumper, se movieron en escena con gran efectividad, bajo la dirección de Eugenio Guzman.

El clima, el ambiente de escena y música, fue en todo momento distinguido con la firmeza teatral que producen manos expertas y un trabajo

preparatorio, como el que hubo, de largos meses. Hernán Wurth, junto a Federico Heinlein, supervigilaron la parte musical, y así, con experiencia profesional y buen material humano, la primera parte de esta función transcurrió en un ambiente de seriedad y profesionalismo artístico, junto al cual la cetera batuta de Juan Pablo Izquierdo y el eficiente "seleccionado" orquestal que llamaremos "Sinfo-Filarmónico", dieron el fundamento sonoro. El cuidado de los detalles, la seguridad de actuación musical y escénica de los intérpretes, aunque algunos pisaran un escenario por primera vez, dio a la obra de Milhaud-Cocteau una efectividad teatral que debe aplaudirse sin reservas.

Mañana comentaremos la segunda parte de esta función.

DANIEL QUIROGA.

Opera de Cámara

II

La segunda parte de la función de Opera de Cámara presentada por el Departamento de Música de la Universidad Católica ofreció una versión de "El Retablo de Maese Pedro", de Manuel de Falla. Varias veces se ha ejecutado esta obra entre nosotros, pero sólo en versión de concierto. Era, por lo tanto, el primer intento de realizar esta obra maestra del músico español, con todos sus personajes, titeres y caracterización debidos.

Cervantes da a los personajes que aquí intervienen una personalidad tan definida como la música que Manuel de Falla les entrega para expresarla. Agil, recitativa, para el exuberante Trujamán, cautelosa y admonitoria para Maese Pedro, heroica y sentimental para Don Quijote. En la función de estreno se pudo gozar de una caracterización notable del Trujamán, encargada a Silvia Soubllette, por más que su suave timbre de soprano no era el más a propósito para las estridencias que se esperan del desorbitado animador. Pero, en cambio, llenó el escenario con una seguridad de movimientos y mímica que demostró su cuidadosa preparación del personaje. Ignacio Bastarrica, dotado tenor, compuso un sombrío y mesurado Maese Pedro, mientras que Mariano de la Maza "genio y figura", en afortunada caracterización, lució su timbre de bajo, cálido y emotivo.

Si la parte vocal fue sobresaliente, más aún lo fue la escénica, que hizo milagros en un escenario tan reducido. Los parroquianos de la taberna, el escenario con los simpáticos muñecos que interpretaban la historia, y el adecuado marco de los trajes e iluminación, todo ello fruto del trabajo combinado de Bernardo Trumper y Fernando Colina, ambientaron las figuras cervantinas con el mínimo de recursos y el máximo de resultados. El trabajo de preparación musical, supervisado por Clara Oyuela, logró en la dirección general de Juan Pablo Izquierdo una realización digna de todo aplauso. La música, voluntariamente arcaizante que creó Manuel de Falla, rica en sonoridad y colorido, vivió así en una interpretación del mejor estilo.

Lo dicho antes: esta función evidencia, una vez más, lo demostrado hace ya años por el Conservatorio Nacional y otros organismos artísticos universitarios en el campo de la ópera. Queda por saber si la Municipalidad desea acoger estas iniciativas dispersas y combinarlas con las posibilidades de su Teatro, dando definitivamente la espalda al repertorio italiano del novecientos. Quizá si el rechazo dado por esta Corporación a la presunta Temporada italiana que se preparaba este año, anuncie tiempos nuevos. Hace tiempo que la vida musical chilena necesita ponerse a tono, en el campo de la ópera, con la producción contemporánea.

DANIEL QUIROGA

CONCIERTOS DE LA SEMANA

CONCIERTOS DE LA SEMANA

La programación de dos obras tan importantes como lo son "La historia de un marinero", de Darius Milhaud, y "El retablo de maese Pedro", de Manuel de Falla, requiere de un trabajo arduo y serio por parte de un número considerable de personas, dispuestas a colaborar entre sí con tal propósito. Tales circunstancias se han dado en el seno de la Universidad Católica de Chile, que ha contado para ello con la participación de elementos que integran el Departamento de Música y el Teatro de Ensayo. Antes de entrar a comentar de lleno dicho evento, nos inclinamos a saludar esta iniciativa, por cuanto ella refleja la preocupación existente en el plantel universitario pontificio, en pro de la extensión cultural, y muy especialmente en lo que atañe a la música; la labor realizada en el transcurso del presente año ha sido destacada y si bien no siempre se ha logrado alcanzar el grado de perfección que sería de desear, el esfuerzo desplegado ha superado con creces las expectativas normales de desarrollo que podían exigirse de un Departamento de Música tan recientemente formado.

El espectáculo que comentamos fue sumamente atractivo. Causó sorpresa en general el que se hayan elegido dos obras complejas para estrenar el conjunto de "Operas de Cámara". Sin embargo, el buen logro alcanzado nos obliga a aceptar esta elección como adecuada, debido al grado de equilibrio conseguido, tan inesperado como oportuno. Analicemos más detalladamente:

La preparación musical y vocal de los cantantes estuvo a cargo de los profesores Clara Oyuela, Hernán Würth y Federico Heinlein. La concurrencia de estas conocidas personalidades aseguró una dirección cuidadosamente preparada y bien calibrada, con la asesoría técnica de Eugenio Dittborn, y Eugenio Guzmán en el montaje escénico.

La primera de estas obras, "Historia de un marinero", de Darius Milhaud, está basada en un texto de Jean Cocteau, que trata el conocido dilema del hado adverso. Los personajes están extraídos de la vida real; encarnan en sus seres la tragedia de la pobreza, revestida de ilusiones estériles, no exentas de poesía, pero



Escena de títeres del Retablo de Maese Pedro, de Manuel de Falla.

aniquiladas por la fuerza del sino. El lenguaje musical expresa esta misma tónica. Para ello, Milhaud se sirve de danzas populares que entremezcla con su propio discurso para subrayar el ambiente realista.

El vertir dramático resulta entonces casi desconcertante; sin embargo, ajustado a las intenciones de los autores. El arreglo escenográfico e iluminación de Bernardo Trumper, lo mismo que el vestuario de Fernando Colina, se agregó a la plástica en forma muy acertada, acentuando sin tapujos lo sórdido del drama.

Al entrar a comentar el reparto, debemos, en primer término, puntualizar la diferencia de actitud asumida por las artistas que interpretan el papel de "la mujer". En efecto, Orita Morales y Silvia Wilkens abordaron este rol adaptando su propia personalidad al caso. La primera fue más posesiva e introvertida en su actuar, mientras la segunda se mostró más natural. Ambos casos dejan en evidencia un

talento nato, que requiere ser desarrollado con nuevas experiencias y perspectivas que den amplitud al dominio escénico. Los otros participantes del reparto, Hilarino Daroch (el amigo), Mariano de la Maza (el suegro), y Eduardo Lira (el marinero), supieron graduar la dinámica del desenvolver dramático con ajustados relieves, destacando, muy especialmente el primero de éstos, con una magnífica interpretación, tanto vocal como escénica.

"El retablo de maese Pedro", de Manuel de Falla, es muy otra cosa. Aquí el compositor dejó en evidencia su enorme talento, y podemos asegurar, sin temor a equivocarnos, que se trata de una de las obras más bellas escritas en este siglo. Esta partitura, inspirada en un pasaje del Quijote de Cervantes, requiere de un aparato escénico bastante complejo; está compuesto de actores que no cantan, cantantes que actúan y un grupo de títeres que asumen el papel principal. Esta diversidad de elemen-

tos se compaginan entre sí con sin igual maestría, brindando un espectáculo emotivo y entretenido a más no poder. Desgraciadamente, en este momento debimos lamentar lo poco apropiado del teatro para estos fines, ya que la falta de foso tendió a sofocar la audición vocal debido a la sonoridad excesiva de los instrumentos.

En ningún momento podemos atribuir esta falla a una falta de graduación en la dinámica orquestal, sino al hecho práctico de la deficiencia del local.

Aquí debemos destacar la actuación de Silvia Soublette como "Trujamán"; su despliegue en el tablado escénico fue sorprendente y audaz en los movimientos. Si bien Fanny Fisher, no pudo hacer igual derroche de habilidad actoril, en dicho rol dio muestras de poseer una voz más potente, que pudo suplir las dificultades acústicas anteriormente anotadas.

El papel del Quijote estuvo muy bien interpretado por Mariano de la Maza. Supo graduar la inquietud del personaje al irse posesionando de la acción de los títeres que, naturalmente, termina por identificar como personas reales. En cambio, la actuación de Hernán Aravena resultó excesiva en lo estático, restando lógica, en calidad de Quijote, a su proceder posterior. También se mostró demasiado pendiente de las entradas indicadas por el director de orquesta, lo que le significó dar muestras de gran nerviosismo e inseguridad en el cantar.

Ignacio Bastarrica nos hizo participar con toda la intensidad de su talento, de las vicisitudes sufridas por "Maese Pedro", ante las arremetidas de Don Quijote que, como en tantos otros casos, se dio a la noble tarea de "enderezar suertes".

Especial mención debemos hacer de la notable participación del grupo "Balulú" a cuyo cargo estuvieron la confección y actuación de los Títeres. El gran talento demostrado por este conjunto merece ser destacado, con todo realce, debido a la enorme responsabilidad que les cupo en esta función. También debemos mencionar la participación de los actores del Teatro de Ensayo que desempeñaron los roles de La Mujer, El Tabernero, Sancho Panza y El Muchacho en la taberna de Maese Pedro.

Hemos dejado para el final a Juan Pablo Izquierdo; como director musical y jefe del Departamento de Música de la Universidad Católica, debió asumir la mayor responsabilidad de la totalidad del conjunto. Este joven músico chileno ha sabido encauzar, con amplio criterio profesional la labor musical que dirige. Esperamos que las autoridades pertinentes le otorguen toda la ayuda necesaria para que pueda seguir ampliando la extensión cultural desarrollada hasta el momento.

CARLOS RIESCO

DIARIO ILUSTRADO

16 DE SEPTIEMBRE 1962

I



TEATRO

PATRIMONIO *Zig-Zag Septiembre 21*

1962

TEMPORADA DE "OPERA DE CAMARA"

Por YOLANDA MONTECINOS

UNA interesante labor ha desarrollado a lo largo del año el Departamento de Música de la Universidad Católica. Su temporada de septiembre, de ópera de cámara, producto de un seminario iniciado en esta misma entidad, es una prueba tangible de los altos y bien dirigidos principios que orientan el trabajo de esta institución y que le han señalado ya una posición clara frente a la música, en especial de nuestro siglo.

En este sentido, la puesta en escena de dos piezas altamente representativas de la evolución del género operático en medio de los cambios e innovaciones de todas las artes durante la última postguerra, tiene un valor intrínseco, en especial para las nuevas generaciones que no han tenido demasiadas oportunidades, en nuestro país, para tomar un contacto serio con tales manifestaciones.

El hecho fundamental de esta labor del Departamento de Música de la Universidad Católica es el haber sentado un precedente de seriedad en materia de ópera, que bien podría llegar a transformarse en un anticipo interesante en cuanto a futuras temporadas líricas. Tal como sucede, en líneas generales, con el cine de largo metraje en nuestro país; los directores deben refugiarse en el campo del corto metraje o el documental para realizar una labor positiva de búsqueda de valores nuestros. En el campo del "bel canto", junto a la línea de improvisación —ya habitual, por desgracia, en las temporadas líricas que terminaron por desaparecer en el presente año—, se han mantenido en forma esporádica algunos repuntes interesantes en materia de ópera de cámara. Recordemos, entre ellas, "El Hijo Pródigo", "El Niño y Los Sortilegios", de Ravel; y en producción de la Orquesta Filarmónica de Chile, "El Matrimonio Secreto", a



Fanny Fisher, intérprete de Trujamán, en la obra de Milhaud.



Eugenio Guzmán, director de "Historia de un marinero", de Darius Milhaud.

Las obras escogidas fueron "La Historia de un Marinero", de Darius Milhaud, una de las figuras más representativas del famoso grupo de los Seis en los albores del siglo XX, y "El Retablo de Maese Pedro", obra clave dentro de la producción de Manuel de Falla. El drama lírico de Milhaud muestra el sello inconfundible de su personal estilo, la simplicidad de su enfoque que le lleva a incorporar a una línea original todas las influencias que operaban sobre los compositores de esos años. Esto es, la huella de Debussy, la persistencia rítmica de Strawinsky, las melodías populares que Milhaud tomó durante su estada en Brasil y del viejo cancionero francés, etc., todas ellas homogeneizadas gracias al reflejo natural de su clara personalidad, que le permite pasar de lo violentamente dramático a una jovialidad casi infantil, con una nota de sensualismo nostálgico. El que fuera señalado como el más "blagueur" de los antimpresionistas integrantes del grupo de los Seis que capitaneaban Erik Satie y Jean Cocteau, encuentra en "Le Pauvre Matelot" un medio natural para expresar su lirismo y dar curso a su peculiar cantabilidad musical. El texto de Cocteau fue traducido, en esta oportunidad, al castellano. Creemos que esta traducción es el factor menos feliz de la puesta en escena de la obra de Milhaud. Se pierde el tono lírico del texto, no se establece correlación entre el espíritu modesto pero inspirado de la partitura y lo que dicen los personajes, y es posible medir un evidente prosaísmo, falta de ductilidad y de dominio del idioma.

La dirección musical de Juan Pablo Izquierdo frente a un magnífico grupo de instrumentistas, la dirección teatral de Eugenio Guzmán y la excelente labor de Fernando Colina y Bernardo Trumper, fueron factores que determinaron un nivel pocas veces visto en esta clase de espectáculo. En comparación, la labor de los cantantes resultó deslucida, en gran parte por falta de experiencia, hecho este que viene a señalar la necesidad de mantener estas actividades con el objeto de permitir la formación y desarrollo de los valores del "bel canto" nacional. Esta situación afectó, en especial, al tenor Eduardo Lira, inexperto en el plano vocal y teatral. Silvia Wilkens, figura bastante conocida en nuestros escenarios, estuvo cerca del papel de la Mujer, aun cuando su experiencia permitía esperar mayor despliegue y convicción, como sucedió en el caso de Mariano de la Masa, muy efectivo, en forma integral al corporizar física y líricamente al Suegro y, en especial, a la figura imponente y trágica de Don Quijote en "El Retablo de Maese Pedro". El barítono Hilarino Daroch se revela como una interesante personalidad dentro de nuestro movimiento lírico, por su espontaneidad y buenas condiciones vocales.

Junto al valor histórico de "Historia de un Marinero", resalta el mérito que resiste incólume al paso del tiempo de "El Retablo de Maese Pedro", de Manuel de Falla, compositor que se encuentra a medio camino entre el impresionismo de preguerra y la línea más objetiva señalada por un Strawinsky, un Bartok y el grupo de los Seis. Impresiona esta obra por la autenticidad de los valores y su evidente originalidad y la relación hábil que sabe establecer entre la música hispana moderna y la anterior al siglo XIX. De Falla entrega aquí una verdadera obra maestra de enormes posibilidades teatrales que Eugenio Dittborn supo destacar en forma especialmente matizada y cuidadosa, a la par que efectiva. Gracias a ello se estableció una total correlación entre música, canto, actuación y la importante intervención de los titeres. Una vez más Juan Pablo Izquierdo impulsó su trabajo minucioso de conocedor al frente de un grupo orquestal de óptimas condiciones, y esta vez los cantantes no desentonaron con el resto en forma tan ostensible. Fanny Fisher, con su total dominio escénico, hace un Trujamán válido, aun cuando su voz carece del desarrollo preciso; y, en un plano algo inferior, podríamos extender estas expresiones hasta el Maese Pedro de Ignacio Basterrica. Buen trabajo entregan los comparsas, disciplinados y expresivos, de la Escuela del Teatro de Ensayo y, en general, es importante destacar la línea de seriedad impuesta por Juan Pablo Izquierdo al conferir igual importancia a lo teatral, plástico, movimiento y canto propiamente tal en el espectáculo operático. ■

ZIG-ZAG Sept. 21 - 1962

Dos Operas de Cámara

Con este título acaban de ser presentadas por elementos preparados a través del Departamento de Música de la Universidad Católica dos obras del más alto valor artístico y significativas de la época inmediatamente posterior a la Primera Guerra, creadas ambas en París: "Historia de un Marinero" (Le pauvre matelot), de Darius Milhaud (1926), y "El Retablo de Maese Pedro" (1923), de Manuel de Falla, maravilla incuestionable dentro de la producción del más ilustre compositor español de este siglo. Ninguna de las dos composiciones lleva, sin embargo, el rótulo convencional de "ópera". Darius Milhaud llamó su pieza "complainte", es decir, pieza trágica que narra, con aprovechamiento de temas populares, una escena al alcance del pueblo, y Falla titula su obra "adaptación musical y escénica de un episodio de "El Ingenioso Caballero D. Quijote de la Mancha", y la dedica como homenaje devoto a la gloria de Miguel de Cervantes, añadiendo el homenaje a la Princesa de Poignac, que la encargó. Ambas composiciones representan ángulos distintos en los desarrollos que el teatro dramático musical buscaba apenas desapareció el autor de "Pelleas et Mélisande", tratando de hallar una nueva fórmula a la difícil ecuación que envuelve la ópera.

En efecto, desde su creación misma el género que vino a llamarse con el nombre absurdo de "ópera", es decir, "obra" en italiano, obra por antonomasia, ha encerrado más que un género de composiciones un problema para la composición musical. ¿Cómo hacerla? ¿Cómo combinar tres artes: música, literatura y acción escénica, en un todo equilibrado, sin que, como decía Debussy, el texto o la música "predominen insolentemente"? Ahí ha reinado más que el acuerdo, la disputa de los hombres; entre partidarios de una fórmula, y seguidores de otra; unos mirando el drama en serio, buscando la verdad que añoraba Monteverdi, o el simple concierto de canto a que vino a dar el trascendental descubrimiento italiano de fines del Renacimiento. Agréguese a esto el problema de la realización, la complejidad de elementos que participan en una ópe-

ra, el costo elevadísimo que en nuestros días significa. De ahí que en un país como el nuestro, en que no hay ni ha habido jamás un teatro organizado y estable, pese a la protección que el género lírico recibió desde los albores de la República, sea particularmente refrescante asistir a espectáculos de cámara, que nos sacan de las Aidas, Rigolettos, Bohemes, hechas endémicamente por estos días de septiembre; siempre improvisadas, pobres, verdaderas caricaturas fastidiosas de lo que pudo ser una ópera en serio; pretextos para que fulano o mengano se vista de fantasía una vez al año y sacie el afán de algún atragantado do de pecho en compañía de uno que otro nombre cada día menos ilustre que nos da el rebase del Colón de Buenos Aires.

Oír la "Historia de un marinero" y el "Retablo", fue una fiesta del espíritu y de la vista y un acierto admirable de la dirección que en la Universidad Católica tiene Juan Pablo Izquierdo y de la colaboración establecida entre él y Clara Oyuela con Hernán Würth (siempre a la cabeza de empresas teatrales bellas) y del Teatro de Ensayo. Es decir, para tres artes, tres elementos artísticos especializados y de primer orden. Todo tuvo su respeto y su jerarquía: los cantantes cantaron y fueron actores a la vez, la música se preparó con el cuidado de un excelente concierto, los actores no cantantes que intervinieron lo hacían en verdadero teatro, no como esas comparaciones inverosímiles que se ven en nuestros escenarios líricos. Es lo que se puede realizar en un género en que las exigencias limitadas están al alcance de lo que podemos realizar aquí en Chile. Estas óperas de cámara, cada vez que se han dado (y recuerdo "Sugestión", de Pablo Garrido, el año último, y las varias veces que el Conservatorio presentó obras de esta dimensión) ingresan a la verdadera vida musical; a ellas asisten los auténticos aficionados a la música, no sólo los envidiosos en campeonatos de gargantas.

"Le pauvre matelot" de Milhaud narra la triste historia del marinero que es por error su-avemente asesinado por la propia esposa que lo aguarda tras larga ausencia. Todo pasa en un ambiente sórdido de puerto y la trama se desenvuelve en una gradación en que uno presiente la tragedia. Verdaderas citas de la música de cafés, en boga en la "apres guerre", salpican las escenas que Milhaud escribe con ese lenguaje agriulce de los tiempos en que la solifonía cruda era la novedad máxima. Una pequeña orquesta que suena un poco como las suites de Stravinsky lleva muy ajustada la narración. ¡Y luego qué agradable oír cantar en castellano, entender lo que se dice! Uno piensa cómo es de falsa la presencia de espectáculos a que el público asiste sin participar en nada, pescando retazos o llegando a entender algo a fuerza de la rutina que ma-

ta el valor de la música.

Este placer del lenguaje fue superlativo en el texto de Quijote, maravillosamente usado por Falla con la célebre escena del Titiritero y frases de aquí y de allá hasta enhebrar una verdadera "farsa" teatral semejante a las que "andan en boca de las gentes" como dice el Trujamán, de los romances. La obra de Falla es ciertamente una de las grandes obras de este siglo y de toda la producción musical de España. La presentación del "Retablo" fue la primera hecha en Chile con todos sus elementos incluyendo unos títeres preciosamente hechos. Todo anduvo a la altura, pese a cierta demasiada resonancia orquestal inevitable en una sala tan pequeña como el Camilo Henríquez. De desear sería que estas dos obras que comentamos pudieran darse más veces ya que no sólo encarnan un deleite artístico sino un ejemplo de cuanto se puede hacer cuando en el terreno del teatro con música se baja a la realidad y a la seriedad.

Largo sería, y daría para mucho comentario, analizar las dos obras, ya que cada una representa ideas muy diversas, sobre todo el "Retablo", feliz combinación de la acción escénica y del arte tan español de los títeres populares, porque los que aquí se usan no son los grandes sino las marionetas que recuerdan los que apasionan a los niños. En la obra de Milhaud hay una curiosa realización de la declamación salida de Debussy unida a melodías taberneras; el padre de la niña recuerda a cada paso la gravedad del Rey Arkel de "Pelleas". La politonalidad crea, además, un nexo muy curioso entre el fecundo autor de las Coéforas y Manuel de Falla tan recatado y parco.

La presentación de estas obras estuvo a cargo, como se dijo, de elementos preparados en el Departamento de Música de la Universidad Católica, en cuyo Seminario de Ópera trabajaron Clara Oyuela y Hernán Würth. Eugenio Guzmán y Eugenio Dittborn tuvieron respectivamente la responsabilidad escénica en "La historia de un marinero" y "El Retablo". Excelente fue la actuación de Orita Morales y Silvia Wilckens, (la mujer); Hilarino Daroch, (el amigo); Mariano de la Maza, (el suegro) y Eduardo Lira, (el marinero) en la obra de Darius Milhaud. Todo estuvo bien concertado y bellas voces se manifestaron con una justa acción escénica. En la presentación de "El Retablo", este cuidado del espíritu y del detalle fue también muy logrado. Silvia Soubllette y Fanny Fischer excelentes en su difícil actuación del Trujamán, vocalmente arriesgada y llena de exigencias mimicas. Don Quijote, presentado por Mariano de la Maza y Hernán Aravena, tuvo una feliz caracterización en el hombre visionario y como ausente que luego se vuelve actor y parte malandrines y vestiglos con su espada. Maese Pedro dirigía la maniobra y trataba de calmar al Caballero de la Triste Figura con un muy bien entendido papel y en ello Ignacio Bastarrica actuó muy en lo justo. Mención especial merecen los bellísimos títeres "Bululú" hechos con diseños graciosos y del mejor gusto. En suma, un franco éxito y algo que debe verse muchas veces más en desagravio del género lírico que por este mes de septiembre siempre nada peligrosos.

Domingo Santa Cruz W.

EL MERCURIO

ACONTECIMIENTO MUSICAL

Constituyó el concierto de música moderna ofrecida el lunes 23 por el Departamento de Música de la Universidad Católica con el Cuarteto N.º 2 de Schomberg, "Soliloquios para ocho solistas", del chileno León Schidrowsky, y "Trois Poemes de Mallarmé" de Maurice Ravel. La actuación del director del Departamento y conductor, Juan Pablo Izquierdo, así como la del Cuarteto Santiago y en forma muy especial, de la soprano Clara

Oyuela, han sido muy bien recibidas por el público y la crítica. En general el ciclo de conciertos de este Departamento ha sido un serio aporte a la difusión de obras contemporáneas extranjeras y también, nacionales, ejecutadas tras laboriosa preparación.

RECORD DE PERMANENCIA

OPERA DE CAMARA

El anuncio casi definitivo de la omisión de la temporada lírica oficial 1962 y su reemplazo por espectáculos extranjeros, se ha visto hasta cierto punto compensada, por la preparación de un ciclo de cuatro presentaciones de ópera de cámara organizado por el Departamento de Música de la Universidad Católica, que dirige Juan Pablo Izquierdo. Continuando la línea de perfeccionamiento que busca esta entidad universitaria a través de sus conciertos anuales, se seleccionaron dos óperas modernas, "El Retablo de Maese Pedro" de Manuel de Falla e "Historia de un marinero" de Darius Milhaud.

Con un criterio también moderno frente a este género, se buscó a elementos consagrados dentro de nuestro ambiente teatral para garantizar el máximo de seguridad en las puestas en escenas. Por ello, se solicitaron los servicios profesionales de Eugenio Dittborn y Eugenio Guzmán, para los aspectos teatrales, actuando Juan Pablo Izquierdo como director musical, en ambos casos. El estreno de estas piezas de la lírica contemporánea fue muy bien recibido por el público, el sábado en la sala Camilo Henríquez, lugar en el que se continuará presentando el breve ciclo de 4 presentaciones a las 19 horas de hoy, el lunes y martes próximos. En la puesta en escena de estas óperas han intervenido además, el escenógrafo e iluminador Bernardo Trumper, y musicólogos de la Universidad de Federico Haus-

EL MERCURIO



El encuadre de actores y decorados en "El Retablo de Maese Pedro" constituyó un acierto de extraordinaria jerarquía.

EL TEATRO MUNICIPAL Y LA OPERA

Zig-Zag Nov. 1962

COMO en años anteriores, la Ilustre Municipalidad de Santiago, en colaboración con la Sociedad Nacional de Arte Escénico Musical, ha auspiciado una nueva temporada lírica que contempló el montaje de cuatro obras, pertenecientes al repertorio más ultrascorrido. Este esfuerzo nos parece falto de todo interés y significación, como aporte cultural para nuestro medio, dada la forma superficial con que se enfoca el problema. Somos grandes admiradores del género lírico y, por esta misma razón, nos parece necesario actuar con severo rigor crítico, con miras a promover un cambio profundo de actitud, que rinda frutos acordes con nuestra evolución intelectual.

Al analizar el panorama local, no podemos menos que puntualizar un gran número de hechos, que no hacen sino confirmar nuestras inquietudes. Nos explicamos:

Para montar una ópera es necesario tomar en cuenta la serie de elementos que entran en juego; la absoluta interrelación, por lo tanto, requiere de una calidad común a todos ellos para lograr un equilibrio aceptable.

Nuestro primer coliseo, desgraciadamente, no posee más que un conjunto orquestal y un cuerpo de ballet para estos fines. En cuanto se refiere a solistas y agrupación coral, debe depender entonces de la Sociedad Nacional de Arte Escénico Musical. Por otra parte, esta entidad tampoco está capacitada para afrontar dicho compromiso. El coro que aporta no sólo nos parece deplorable en su aspecto musical, sino totalmente incapacitado para cualquier actuación escénica. De ahí que se vean obligados a repetir con verdadera majadería las mismas obras a través de los años. Al hablar de los solistas, la situación no cambia ostensiblemente. Salvo muy contadas y honrosas excepciones, éstos no poseen una preparación técnica que los autorice para actuar en público con mediana responsabilidad.

La contratación de artistas extranjeros no logra suplir las deficiencias anotadas. Por el contrario, queda acentuada, por comparación, la capacidad limitadísima de los participantes nacionales, malográndose toda posibilidad de equilibrio en el conjunto total.

En épocas pasadas, cuando nuestra moneda valía su peso en oro, se contrataba la participación de compañías líricas completas, lo que fue causa primordial para no ir a la formación sería y consciente de los elementos nacionales bien dotados.

Estos factores obligan a plantear la manera lógica y positiva de encarar el problema, de suerte que, en un futuro cercano, el Teatro Municipal cuente con su propio conjunto de ópera; ya que, tomando en consideración el estado económico del país, resulta ilusorio poder pretender contar con la participación de elementos foráneos que han de pagarse en moneda dura.

El Departamento de Música de la Universidad Católica de Chile, en el transcurso del presente año, ha dado una

pauta de cómo hacerlo. En efecto, contando con el concurso de los alumnos integrantes del "Grupo de Operas de Cámara", de reciente formación, logró montar un espectáculo de alta calidad, que significó un verdadero aporte en el orden cultural. Nos referimos a la programación del "Retablo de Maese Pedro", de Manuel de Falla, y la "Vida de un Marinero", de Darius Milhaud. Estas obras fueron presentadas con máxima pulcritud, sin aspavientos, y dentro de un marco rigurosamente serio. El resultado fue notable. En todo momento pudieron aequilibrarse el esfuerzo desplegado y la indiscutible capacidad profesional de los maestros que ayudaron a la preparación de las obras.

¿Por qué, entonces, el Teatro Municipal no considera la posibilidad de pedir la colaboración de entidades responsables y les comisiona, con la debida anticipación, la confección y preparación de uno o más programas?

Nos parece mucho más lógico este proceder que seguir pretendiendo con el montaje de obras que requieren de un gran aparato escénico, en circunstancias de que no cuentan con las disponibilidades elementales para cumplir con tan difícil tarea.

Si se considera el aspecto económico, no hay lugar a dudas que nuestro planteamiento resulta razonable y, al fin de cuentas, la Corporación Edilicia podrá también sentir aquel orgullo que otorga una tarea bien realizada, en la seguridad de estar cumpliendo con una labor de extensión positiva. FIN

Y no sólo fueron los seres animados, sino que también los títeres, fabricados con una riqueza de colorido y una gracia elegante, los que contribuyeron a la espléndida presentación de la obra de Manuel de Falla.



LA NACION

18 Diciembre 62

LA NACION — 18 — Diciembre — 1962 — 19

Premio del Círculo de Críticos



Fue distinguido con el Premio de Música el Director del Departamento de Música de la Universidad Católica, Juan Pablo Izquierdo. Este Premio, que otorga anualmente el Círculo de Críticos de Chile, junto a los Premios de Teatro, Plástica, Ballet y Cine, será entregado el próximo jueves, en una comida que en breve se avisará el lugar. El Premio de Música, otorgado a Juan Pablo Izquierdo por su labor durante el año, ha sido muy elogiado. Entre las presentaciones que dirigió Izquierdo en esta temporada sobresalió "El Retablo del Maese Pedro".

Diciembre
1962

**LOS PREMIOS DE LA
CRITICA**
Mario Toral (Plástica), Ma-
rés González (Teatro),
Juan P. Izquierdo (Música)
y Ernst Uthoff (Ballet).



Ercilla 19 Dic. 1962

Los Premios de la Crítica

UNA ACTRIZ, un coreógrafo, un director de orquesta y un grabador fueron distinguidos por el Círculo de Críticos de Arte, que, por séptimo año consecutivo, repartió sus premios (un diploma) en las especialidades de teatro, ballet, música, artes plásticas y cine.

En cada una de ellas corresponde otorgar un premio a un artista nacional y otro a un extranjero. Los quince críticos que se reunieron el viernes pasado en la sala de sesiones del Círculo de Periodistas se demoraron 75 minutos en alcanzar sus conclusiones.

Cine

El único premio declarado desierto fue el de cine nacional. Se consideró la seriedad con que fue realizado "El Cuerpo y la Sangre", del Instituto Fílmico de la U. C., pero debió llegarse a la conclusión de que ni en corto ni en largo metraje hubo este año una película de nivel premiable.

En cine internacional hubo once películas que entraron al sufragio (participaron 6 críticos). Se realizó una primera votación para reducir las a tres, eligiéndose "Fresas Salvajes", de Bergman; "La Noche", de Antonioni, y "Sin Aliento", de Jean-Luc Godard. Al film japonés "Vivir" (de Akira Kurosawa) le faltó un punto para entrar a la selección última.

En la votación final, "Fresas Salvajes" alcanzó la mayoría absoluta de cuatro votos contra uno para "La Noche" y otro para "Sin Aliento".

Teatro

En teatro (8 críticos) se comenzó por pasar revista a los estrenos del año y se llegó a la conclusión de que no hubo

una obra nacional realmente destacada. "El Velero en la Botella" se descartó porque su autor Jorge Díaz, recibió el Premio de la Crítica en 1961 por "Réquiem para un Girasol", no habiendo, entre ambas piezas, una diferencia de nivel suficiente para justificar su repetición inmediata. Un crítico abogó por "El Abanderado", de Heiremans, por la búsqueda artística implícita en esa obra; pero la mayoría atribuyó mayor importancia a "Animas de Día Claro", de Alejandro Sieveking.



ERNST UTHOFF
Ahora le tocó al maestro.

En la revisión de directores se mencionó a Víctor Jara ("Animas") y Eugenio Guzmán ("Ejercicio para Cinco Dedos"); pero rápidamente se pasó al capítulo de intérpretes. Aquí figuraron Marés González ("El Perro del Hortelano"), Carla Cristi ("El Velero en la Botella"), Agustín Siré ("El Enemigo del Pueblo") y Humberto Duvauchelle ("Ejercicio para Cinco Dedos"). Luego se produjo una proposición de premiar a Ictus, por la seriedad y falta de concesiones de su programación en el Teatro La Comedia.

Llevadas a votación las diferentes alternativas, hubo 7 votos para Marés González y una abstención.

Cuando se estrenó "El Perro del Hortelano", en el Antonio Varas, las críticas no fueron favorables, pero en todas hubo menciones elogiosas para esta actriz. Su trayectoria en el ITUCH incluye trabajos tan valiosos como Viola, en "Noche de Reyes", y Jenny, en "La Opera de Tres Centavos".

El premio extranjero de teatro fue otorgado a Enrique Solari Swayne, autor de la obra "Collacocho", estrenada en el Antonio Varas por el Teatro de la Universidad de San Marcos.

Plástica, música y ballet

En Artes Plásticas la distinción anual fue otorgada al grabador Mario Toral por su exposición en la Galería Carmen Waugh. El premio extranjero correspondió al escultor británico Lynn Chadwick.

En Música fue premiado Juan Pablo Izquierdo, joven director que este año dio intensa vida a las actividades del Departamento de Música de la Universidad Católica. En lo extranjero: Josef Ulsamer (alemán), por sus conciertos de música barroca.

El interés alcanzado por el ballet "La Señorita Julia", se



MARES GONZALEZ
Premio de Teatro.

tradujo en un premio unánime y sin mayor discusión para la coreógrafa sueca Birgit Cullberg. El premio nacional de ballet fue asignado a Ernst Uthoff, por sus veinte años como director del Ballet Nacional. En años anteriores lo ganaron bailarines discípulos suyos. Esta vez le tocó al maestro.

Notas de las Artes Musicales

Por CLAIRE ROBILANT

FESTIVAL BEETHOVEN

La obertura Coriolano, el Concierto opus 15 y la "Heroica": ¿ha habido en el mundo otro compositor, tres de cuyas obras podrían proporcionar una sucesión tan bella, valiosa y perfecta como este programa que ofreció en el Teatro Municipal, la Orquesta Filarmónica de Chile, dirigida por Juan Pablo Izquierdo y con Ana Berr, de solista?

Fue un concierto excepcional. El patricio romano surgió con impetuosa grandeza en la admirable versión del joven director, quien supo captar su carácter torvo e indómito, contrastándolo con la suplicante congoja de la madre. Todo esto en términos puramente sinfónicos, de manera reconcentrada, sin falsa teatralidad. Hubo allí un enfoque que podríamos llamar monolítico, muy de acuerdo, a juicio nuestro, con la visión de Beethoven y con el vigor de la antigua trama.

Un concepto unitario de singular poder de convicción se hizo sentir, igualmente, en la Sinfonía, donde Izquierdo nos confirmó que es un músico de enjundia, serio y preparado, que no se enfrenta con la orquesta por el afán de exhibirse sino porque tiene algo que expresar y comunicar. Se introduce en la obra hasta el fondo, y vuelve a la superficie con aportes preciosos e inesperados. El brio del Allegro inicial quitaba el aliento al público y a más de algún miembro de la orquesta, mientras que el director llevaba el tiempo con suprema sencillez, tal como solía hacerlo Ricardo Strauss, otro señalado intérprete de esta sinfonía. La Marcha Fúnebre culminó en una procesión imponente con rasgos de Juicio Final, donde las suntuosidades sonoras traducían una tremenda fuerza expresiva conglobada. Con mano certera se trazaron la estructura y los contornos de los movimientos restantes, infundiéndonos la sensación de presenciar una de las versiones más notables y más acertadas de la magna obra que puedan escucharse.

La monumentalidad de ambas creaciones se vio humanizada por múltiples detalles felices que no por menudos eran menos significativos. La Filarmónica respondió con verdadero ahínco a las indicaciones del director, incurriendo en un mínimo de errores, más que compensados por el subido nivel general de eficiencia demostrado.

Refreshante interludio entre esta sinfonía y la obertura similarmente heroica fue el chispeante Concierto para

piano N.º 1, en Do mayor. También aquí, Izquierdo y la orquesta entregaron un trabajo lucido y pulimentado, el que pudo apreciarse desde la liviana transparencia de los primeros compases hasta la regocijada nitidez del final. Con pocas y leves excepciones, todos estuvieron a la altura de su cometido, produciéndose una colaboración ejemplar entre el grupo sinfónico y la solista.

Ana Berr tuvo amplio campo para desplegar las diversas facetas de su talento. A pesar de su juventud hay una considerable madurez espiritual en su interpretación de esta partitura, que ya le escuchamos hace algunos años en una actuación al aire libre. Su técnica solidísima y exquisitez emotiva se hermanaron en halagüeños resultados artísticos que contribuyeron a situar este segundo concierto de la serie especial de la Orquesta Filarmónica entre los acontecimientos memorables de la presente temporada musical.

Federico Heinlein

La Orquesta Filarmónica de Chile está invitada a concurrir al Tercer Festival Interamericano de Música en Washington, Estados Unidos. Esta invitación por sí sola, es un motivo de orgullo para los melómanos; lo debía ser para todo ciudadano. Pero para muchos la única patria es el materialismo, el dinero y la oportunidad para lucir su propia persona, nombre o determinada agrupación. Es una lástima, porque el simple hecho de que una seria agrupación orquestal nuestra ha sido invitada a este festival, debía encontrar eco y colaboración en todos los sectores para que esta gira tenga el éxito que merece y el financiamiento necesario. La Orquesta Filarmónica ofrece ahora un ciclo de tres conciertos pro gira internacional y los dos primeros bajo la dirección de su titular Juan Mateucci y de Juan Pablo Izquierdo, respectivamente, justificaron ampliamente el honor que recibió con esta invitación al extranjero. El segundo concierto, un Festival Beethoven, bajo la batuta del joven maestro Izquierdo, quien recientemente dio pruebas de sus capacidades musicales en la organización y realización de la Opera de Cámara, demostró aquí una vez más su preparación eficaz, su seriedad y sinceridad profesional absoluta. El Festival Beethoven fue un acontecimiento musical de jerarquía. Las versiones de la Obertura "Coriolano", Op. 62, del Concierto N.º 1, Op. 15, para piano y orquesta y en la segunda parte de la Sinfonía N.º 3 "Heroica", estaban impregnadas a la vez de nobleza, gravedad y grandeza. Aquí tendremos al director beethoveniano del futuro. El maestro Izquierdo coloca admirablemente en valor el tono épico de las obras, sobre todo en la Sinfonía N.º 3, que fue escrita bajo el signo del heroísmo. El director encontró en un fraseo casi perfecto una justa expresión lírica, que no proviene de la búsqueda de efectos fáciles, sino de una labor que respeta con mucha fidelidad el pensamiento de Beethoven, y que consigue una gran unidad de estilo, matizado levemente con un acento personal. A esa sobria dirección de Juan Pablo Izquierdo, la Orquesta Filarmónica respondió con disciplina, entusiasmo, sorprendente fidelidad en el sonido y una entrega total de cada uno de sus miembros a su labor, que tuvo como resultado un magnífico concierto, que pone en evidencia que aquí va al extranjero una gran embajada cultural-artística. La joven pianista Ana Berr, demostró con la interpretación del Concierto N.º 3 de Beethoven, poseer una sólida técnica, al lado de una gran sensibilidad interpretativa, que culminará seguramente en una notable madurez artística en los años venideros.

PATRIMONIO Festival de Beethoven

El segundo del ciclo de tres conciertos organizados por la Orquesta Filarmónica, a beneficio de su próxima gira internacional, fue un Festival de Beethoven a cargo del joven maestro chileno Juan Pablo Izquierdo. El primero de estos conciertos, dirigidos por el maestro titular, Juan Mateucci, fue, en realidad, una repetición de algunas obras ya escuchadas durante la temporada, y sobre las cuales, así como sobre la actuación del calificado fagotista E. Donatucci, se hizo el comentario respectivo en su oportunidad. El tercer concierto, del próximo viernes, ofrecerá el estreno de una cantata de Honneger, con participación del Coro de la Filarmónica.

En el concierto que hoy comentamos, se escuchó la Obertura "Coriolano", el Concierto N.º 1 para piano y orquesta, con Ana Berr como solista, y la Tercera Sinfonía, llamada "Heroica". Nos parece necesario recordar algunos aspectos de la carrera del director de este concierto. Después de dos años de estudios en Europa, de 1957 a 1959, donde fue alumno de dirección del maestro Hermann Scherchen, Izquierdo hizo su primer concierto en Chile, al presentarse en la Temporada de Primavera de la Orquesta Sinfónica, en 1960. Luego, fue designado director del Departamento de Música de la Universidad Católica, y en tal calidad organizó los conciertos de Cámara ofrecidos en dicho establecimiento, con especial acento en la música contemporánea. Le correspondió desempeñarse como Director de la Orquesta Filarmónica acompañando temporadas del Ballet de Arte Moderno, y, recientemente, se ha elogiado su trabajo como concertador de Opera de Cámara. Sin embar-

go, el Concierto ofrecido el viernes último supera sus actuaciones anteriores. En primer lugar dio la evidencia de poseer una formación sólida, una completa técnica de dirección. A ratos se adivinaba la influencia de Scherchen en su mímica, reducida a un mínimo de movimientos, pero cargados de tensión; en el movimiento corto y preciso de la batuta buscando el punto de apoyo general, sin detenerse para mostrar efectismos teatrales.

El resultado fue una velada musical en que la Filarmónica se sintió arrastrada a realizar esfuerzos poco frecuentes, y que no siempre pudo superar. Especialmente, el discutible y acelerado "tempo" del primer movimiento de la "Heroica" (ha sido Leonard Bernstein quien afirmó que "sobre la interpretación de la "Heroica" se han escrito más comentarios que notas hay en la partitura") llevó a la cuerda a un esfuerzo no siempre logrado. Pero, en cambio, en el resto de la obra, el rendimiento de la Orquesta estuvo a la altura de los mejores en su última temporada. Lo mismo en la Obertura y en el acompañamiento del Concierto para piano, donde Ana Berr, con su "toucher" un tanto débil, demostró sensibilidad musical aunque un dominio aún no completo de la obra. Lo positivo de este concierto es la presencia de un valor nuevo en el campo de la batuta, formado en Chile y madurado en el extranjero en una escuela famosa por su desmesurada exigencia. El músico chileno demuestra que su viaje le imprimió huellas profundas y que las enseñanzas han sido fecundas para su propio desarrollo. El público le aplaudió con calor merecido.

DANIEL QUIROGA.